LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA MILITAR: IDENTIDAD DE LAS FUERZAS ARMADAS Y LOS MILITARES COMO VÍCTIMAS DEL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO *

James Iván Coral Lucero

* Ponencia que expone resultados del proyecto de investigación *Construcción de Paz y Desarrollo Sostenible: una mirada desde los Derechos Humanos y el DICA*, que hace parte de la línea de investigación Memoria Histórica, Construcción de Paz, Derechos Humanos, DICA y Justicia, del grupo de investigación Memoria Histórica, Construcción de Paz, Derechos Humanos, DICA y Justicia, reconocido y categorizado en (C) por Minciencias, registrado con el código COL0141423, vinculado a la Maestría en Derechos Humanos y Derecho Internacional de los Conflictos Armados (DICA), y al Centro de Investigación en Memoria Histórica Militar (CIMHM), adscritos y financiados por la ESDEG.

1. Introducción

A lo largo de la historia de Colombia, las FF. MM. han sido protagonistas en cada uno de los momentos de coyuntura del conflicto armado garantizando la seguridad tanto interna como externa del país. En este sentido, el Ejército y la Policía han tenido que hacer frente a los grupos armados ilegales, al igual que a causas de ataques de otros países, como en la guerra contra el Perú, en 1932; sin embargo, en la memoria de los colombianos son pocos los momentos históricos que se recuerdan de manera general; menos aún, los de la historia de las FF. MM. en particular.

Posiblemente, los recuerdos más claros que se tienen de la historia de Colombia son sucesos como la guerra de los Mil Días, que tuvo como una de sus consecuencias la pérdida de Panamá; la muerte de Gaitán (Braun, 1998), que derivó en la época conocida como La Violencia, y actualmente, el proceso de paz entre el Gobierno nacional y las FARC. Cada uno de esos leves recuerdos, que tienen que ver, por supuesto, con un punto de quiebre importante en la historia de Colombia, ha logrado quedarse en la memoria, porque todos ellos pudieron representar un giro en la historia de Colombia, un camino diferente si se hubieran tomado otras decisiones, o tal vez, por el recrudescimiento de la violencia en la que finalmente desembocaron.

En todas estas pequeñas historias, de las que quedan muy leves recuerdos, el papel que han jugado las FF. MM. no se recuerda en ningún punto. Tal vez sí se recuerde a grandes líderes militares, como Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Tomás Cipriano de Mosquera o Rafael Uribe Uribe, pero el Ejército o la Policía Nacional, como instituciones, quedan relegadas a un segundo plano. Ello, por supuesto, trae

una serie de consecuencias para la identidad misma de dichas instituciones, pues al no llenar de contenido su historia, su importancia queda relegada y se alejan de la ciudadanía, que las ve como héroes que no son vulnerables a ninguna circunstancia humana, o bien, como instituciones que han cometido delitos en su accionar operativo, y que, por lo tanto, no merecen ninguna consideración histórica.

Se podría pensar, entonces, que las consecuencias de los puntos señalados devienen, por un lado, en una falta de identidad histórica de las FF. MM., y por otro lado, en una falta de reconocimiento de que los militares y sus familias pudieron resultar víctimas del conflicto, bien por su carácter de héroes, que deben dejarlo todo en el conflicto, o bien, porque algunos miembros se han ganado una mala reputación por cometer delitos o por la realización de malas acciones operativas.

Las razones arriba señaladas nos llevan a reflexionar sobre la necesidad de una reconstrucción del papel que han jugado las FF. MM. en la historia general de Colombia, pues con esto se puede empezar a rescatar la identidad de una historia olvidada. Ahora bien, la reconstrucción de dicha identidad conducirá al segundo punto, el cual tiene que ver con el reconocimiento de los militares como víctimas del conflicto armado, pues las circunstancias especiales que llevaron a ese reconocimiento, por medio de la Ley 1448 de 2011, son producto de condiciones especiales de una violencia que es transversal a toda la sociedad colombiana. De alguna manera, las relaciones entre víctimas y victimarios confluyeron en todos los actores de una guerra que lleva más de 50 años.

La presente ponencia, por lo tanto, tiene dos objetivos. El primero es la reconstrucción de una memoria histórica militar, que se dividirá en dos partes: 1) la primera tendrá un fundamento metodológico en cómo y por qué se necesita contar una historia desde el punto de vista militar, mientras que 2) la segunda parte pretende mirar las maneras como el Ejército ha jugado un papel fundamental en la construcción de una parte de la identidad y de la historia colombianas. El segundo objetivo, por su parte, analiza por qué, a partir de la historia que se va a contar, la Ley 1448 de 2011 hizo un reconocimiento tan importante para que los militares sean considerados víctimas del conflicto armado.

2. Una aproximación metodológica al reconocimiento de la memoria histórica militar

En este acápite quiero enfocarme en la pregunta: *¿Cómo construir una memoria histórica desde el punto de vista militar?* Esto, debido a que son muy pocos los trabajos que sustentan la necesidad de construir, desde el punto de vista metodológico, una memoria que pueda recopilar a largo plazo los momentos que ha tenido el Ejército, y la manera como han sido vistos los militares a través de la historia.

El proyecto de construcción de memoria histórica tiene como base la descripción que hace Braudel (1974) sobre el concepto de *estructura*, en los siguientes términos:

[...] los observadores de los social entienden por estructura una organización, una coherencia, unas relaciones suficientemente fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, lo historiadores, una estructura es indudablemente un ensamblaje, una arquitectura; pero, más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por lo tanto, determinan su trascurrir, otras por el contrario se desintegran más rápidamente. (pp. 70-71)

En tal sentido, la estructura forma un camino en el que el individuo poco puede hacer frente al destino al que es llevado por el acontecer histórico y el producto social.

Existen otros momentos que, según Braudel reconoce, son de coyuntura, y de acontecimiento, momentos que en un punto de la historia logran transformar y cambiar el rumbo social. Momentos como la pérdida de Panamá, la época de La Violencia en Colombia, la constituyente de 1991 y el proceso de paz del Gobierno con las FARC son momentos de quiebre en el devenir histórico.

Las historias sobre memoria que se han construido para enaltecer o criticar la labor de las FF. MM. muy poco tienen que ver con conceptos propiamente metodológicos: más bien, se encargan de narrar o una

historia “larga”, sin mucha profundidad, que poco a poco se va degradando y quedando casi en el olvido; o se encargan tan solo de relatar coyunturas en las que se lucha por un reconocimiento heroico de las FF. MM. o, por el contrario, se encargan de hacer una crítica sin contexto sobre los errores que ha cometido el Ejército en los últimos años.

La historia apreciada desde dicho punto de vista no aporta a pensar en un futuro de las FF. MM. como una institución que ha logrado consolidarse en calidad de un actor importantísimo en la construcción de una identidad colombiana. En la actualidad, hay esfuerzos importantes por consolidar los momentos que han vivido en Colombia las FF. MM.: trabajos como el de Armando Borrero (2019) y Eduardo Pizarro (2019) son una prueba reciente de los contextos en los que se ha formado la estructura histórica de las FF. MM.

Cabe destacar que dentro de estos conceptos históricos hay unas constantes en la historia de Colombia que han sido difíciles de superar; entre ellas cabe destacar: la violencia por medio de las armas, los continuos procesos de paz que terminan con la traición de alguna de las partes en negociación, o con el cierre completo de diálogos, el constante estado de sitio en el que ha vivido Colombia, y una necesidad constante por la militarización del país. En dichas constantes históricas, la memoria militar pierde la identidad o la transforma, y los ciudadanos parecen olvidar la figura institucional, bien dejándola de lado o pensando, simplemente, en los acontecimientos que han sucedido en torno a ella. Un ejemplo de acontecimiento es la Operación Jaque, en la que fueron liberados varios militares y políticos que habían sido secuestrados durante años por las FARC, y que, por supuesto, exaltó la labor y la función de los militares, pero que en nada contribuyó a mantener dentro de la estructura histórica una memoria militar de largo plazo.

Dentro de esa estructura histórica se podría señalar que el Ejército, por una parte, ha jugado una función política, que se podría dividir en cuatro momentos: 1) un primer momento de reconocimiento heroico y político, que poco a poco se ha ido repensando o reconstruyendo; 2) el segundo es un momento en el que las FF. MM. son alejadas de la política; 3) un tercer momento, en que, por medio del estado de excepción, se les

otorgan poderes que muchas veces iban más allá de los constitucionales, y 4) un cuarto momento, en que los militares se ven envueltos en un conflicto vertical, en el que, además de actores de conflicto, resultaron ser sus víctimas.

Antes de explicar cada uno de los mencionados momentos, cabe destacar, como lo menciona Armando Borrero (2019, pp. 36-37) que encontrar un equilibrio entre la función profesional y la política de los militares es difícil, pues citando, a su vez, a Jorge Vigón (1975), señala:

El mismo autor previene frente a los peligros que acechan la tarea de establecer un punto de equilibrio entre las dos formulaciones para ponerlas en práctica. Un primer peligro estriba en profesar convicciones dogmáticas o participar de unos intereses de clase social o de grupo, asumidos como dignos de ser defendidos a ultranza, que lo empujen a definir su actividad militar como servicio a esos intereses, por medio de opciones claramente partidistas. El otro peligro es el contrario: por alejarse del primero, caer en la práctica de un abstencionismo tan extremo y radical, que lo conduzca a un distanciamiento total de las realidades vitales, sean estas patrióticas, morales, sociales o culturales. El olvido de los fundamentos de la profesión, en este caso el fundamento político, lleva a perder capacidades de crítica, tanto para la comprensión del contexto en el que se desenvuelve su ejercicio profesional, como para la crítica de la propia práctica, que es una experiencia necesaria para el desarrollo y mejoramiento institucional. (Borrero, 2019, p. 37)

En este punto cabe destacar que la función política o la profesional no son las únicas que tienen los militares, sino que también la tienen en la construcción de su propia identidad frente a la sociedad civil. Los dos momentos que menciona Armando Borrero se han visto en Colombia, pues digamos que tener una identidad fuerte —y, de alguna manera, convicciones no negociables— ha llevado a las FF. MM. al punto de pontificar a los héroes de la Independencia, por ejemplo, o a dar golpes militares que no son democráticos, y a desconocer así la función de diálogo con las otras instituciones. Caer en el otro extremo, que es el de una pérdida de identidad política y, simplemente, exaltar sus propias funciones como militares, conduce a que haya un alejamiento con la

ciudadanía, que no los reconoce como una institución fundamental en la construcción de la historia de Colombia.

Perder identidad o ganarla a través de hechos dogmáticos puede llevarnos a dictaduras, a casos de violación de los DD. HH. por la falta de empatía ciudadana; es decir, los dos extremos pueden hacer que se pierdan la identidad y las funciones exactas para las cuales fueron creadas las FF. MM.

La historia de las FF. MM., en ese sentido, han seguido el camino de la historia de Colombia, no en un sentido positivo, sino, por el contrario, en uno negativo, pues, al igual que las constituciones o las reformas que se les han hecho en cada momento a los proyectos constitucionales que hemos tenido, el devenir de la estructura ha sido una constante de guerra que ha convertido, siguiendo el término de Hernando Valencia Villa (2010), a nuestros proyectos en constantes *cartas de batalla*; es decir, la historia militar, junto con la historia de los proyectos constitucionales, no ha podido consolidarse, y eso nos lleva a una serie de avatares por construir una identidad, que fluye entre la violencia, la desazón y la falta de construcción de un proyecto político.

Ahora bien, todo ello, por supuesto, tiene que ver con los momentos que se han mencionado líneas arriba. El primer momento, en el que confluyen los poderes militares con los políticos, lo podemos ver en la historia de nuestra independencia, o en la toma del poder político por parte de los militares que absorben otras funciones institucionales. En el primer momento, los militares son recordados como héroes, adalides de procesos heroicos que fundan la patria; y, ¿qué pueblo o ciudad de Colombia no tienen en el centro de su plaza a un prócer de la independencia, y generalmente, a Simón Bolívar, como el gran prócer de la libertad? El segundo momento no tiene tanta fuerza en la memoria de Colombia, pues, en términos generales, los militares tomaron el poder con Rafael Reyes comenzando el siglo XX, y con el General Rojas Pinilla, a mediados del mismo siglo.

Este primer momento, como vemos, o es un momento que nos dejó a próceres militares intocables por la historia, o bien, es uno que nos dejó momentos de convulsión institucional fuerte: en el caso de Rafael Reyes,

este no terminó su proyecto, pues su periodo se vio interrumpido por el regreso de la democracia, en 1910. Y el gobierno de Rojas Pinilla ha sido visto con una perspectiva más crítica que positiva.

Lo planteado no contribuye a construir memoria histórica militar, pues ni el lugar de intocable ni el de toma del Estado son vistos como proyectos que se acerquen a la construcción ciudadana y republicana. En el primer caso, el momento es de muy largo plazo, quedó en el tiempo y en la memoria, pero nada tiene que ver ya con el momento actual que viven las FF. MM., y el segundo, por suerte para Colombia, no fue un momento de gran contundencia en la memoria, como las dictaduras del Cono Sur, las cuales violentaron los DD. HH. con la permisividad de un Estado con poderes cooptados, los cuales, a su vez, construyeron una ciudadanía que escapa de un proyecto político de largo alcance, pues sufría los golpes de la dictadura.

Digamos, entonces, que el primer momento, el de admirar a los militares como próceres, se aleja de la realidad colombiana: no se puede fundamentar una identidad militar en la imagen de Bolívar o la de Santander, cuyo valor histórico, incluso, es actualmente repensado en la historia de Colombia.

En el segundo momento, los militares son poco a poco alejados de la política; el proyecto de la constitución para vencedores (Valencia, 2010) no contribuyó a la creación de una identidad militar, pues durante el siglo XIX se disputaban las constituciones como el premio del militar vencedor: tengamos en cuenta, simplemente, que de las constituciones de dicha centuria se pueden recordar la de 1821, de Bolívar; la de 1832, de Santander; la de 1853, de López, y la de 1863, de Mosquera. Cada una de dichas cartas magnas está en medio de proyectos militares que tienen muy poco o ningún lugar en la memoria de los colombianos; pero peor aún es lo que ocurre después: la llegada de los siguientes proyectos alejó a las FF. MM. de tener voz dentro de las constituyentes, se olvidaron sus necesidades, la cohesión que pueden tener en la construcción de un país y, con esto, su identidad histórica.

Este segundo momento, que aleja a los militares de la política y los limita a funciones técnicas de servicio, condujo a que las FF. MM. tomaran

un bando de la política como ideología dogmática, para contribuir con su perpetuación en el poder, coadyuvar así a que la ciudadanía fuera alejada por la fuerza de los procesos políticos de toma de decisiones, mientras grupos de poder en épocas como el Frente Nacional se dividían el poder sin tener en cuenta una democracia más amplia, que pudiera adherir otros proyectos políticos (Hardy, 1993). Algo que, obviamente, tampoco contribuyó a la formación de la historia militar, pues lo que sucede cuando se excluye a un actor político es la inmediatez de una segunda ola de violencia, que para Colombia no trae los mejores recuerdos en su memoria histórica. En este orden de ideas, lo que siguió durante el Frente Nacional y tras este fue violencia de guerrillas, que, bajo la ideología la Guerra Fría, luchaban por el derrocamiento del Estado (Pizarro, 1989), y los militares tendrían que salir a reprimir dichos brotes de violencia. Estas batallas políticas nos dividieron en la batalla partidista de “¿Eres liberal o conservador?”, y con ello se olvidó incluir otras necesidades ciudadanas.

El tercer momento de las FF. MM. es un momento prolongado; digamos que dentro de la estructura es el momento que más perduró en el tiempo, y en el cual, de alguna manera, se formó gran parte de la identidad colombiana. Me referiré aquí a los momentos constantes en los que la excepción se volvió la normalidad. Antonio Barreto (2011) menciona que esta generación, la que vivió bajo el régimen cambiante de la Constitución de 1886, transformó la excepción en su día a día, y la coyuntura de la Asamblea Constituyente de 1991 tuvo que repensar muy bien cuáles eran las funciones que debía cumplir la figura del estado de sitio en Colombia, bajo un constante régimen de excepción, en el que las funciones son tomadas por el Poder Ejecutivo, el diálogo con la ciudadanía era mínimo y las FF. MM. se convirtieron en “caballito de batalla” para reprimir todas las alteraciones de orden público por medio de poderes que muchas veces se vieron desbordados. Así, por ejemplo, las funciones jurisdiccionales otorgadas a los militares terminaron en juicios injustos contra civiles, que muchas veces fueron torturados, o el momento histórico en el cual, durante la Toma del Palacio de Justicia, desaparecieron magistrados y civiles, cuyo destino incierto la ciudadanía colombiana aún lamenta.

Los estados de sitio, entonces, tampoco contribuyeron a la creación de una identidad de las FF. MM., por cuanto estas, simplemente, fueron, durante largos periodos, limitadas a la protección de la seguridad, con poderes que muchas veces escaparon de su propio control, y la responsabilidad de dichos actos jamás fue asumida por los políticos de turno (Romero, 2002).

De esta manera se fue creando en Colombia un ambiente tenso, en el que las relaciones entre ciudadanía y militares se ve mediada por proyectos políticos unidimensionales que alejaron a otros proyectos, y que terminan en luchas armadas que dejaron huellas imborrables en la memoria de los colombianos.

Así, por ejemplo, ocurrieron hechos terribles que, por proyectos políticos mal diseñados, terminaron minando la confianza en las FF. MM. por parte de la ciudadanía. Estos momentos, con toda claridad, no tienen fin, y han encontrado eco, incluso, con posterioridad al proceso de paz, en operaciones que, como ejemplo reciente, costaron la renuncia del ministro de Defensa Guillermo Botero.

El cuarto momento es uno de reconocimiento, en el que vale la pena detenerse, por ser cuando los militares son reconocidos como víctimas, y al que dedicaremos el siguiente acápite.

3. El reconocimiento de los militares como víctimas del conflicto

En la historia de los conflictos, los militares no son reconocidos como víctimas de estos, pues, por lo general, se da una relación horizontal de poder, en la cual los militares hacen parte del Poder Ejecutivo, y por lo tanto, como ya vimos, reprimen mediante la fuerza, cuando es necesario, los brotes de malestar social.

Esta es, muchas veces, la historia de las dictaduras, en cuyos sucesos las FF. MM. son, incluso, las que tienen el Poder Ejecutivo, pero, a la vez, disuelven los poderes legislativo y judicial. Estos procesos terminan

con víctimas civiles, y con el paso del tiempo, en comisiones de la verdad que pretenden buscar el reconocimiento de las víctimas por parte del Estado. Las dictaduras del Cono Sur mostraron en América Latina que existen muchos problemas cuando los militares toman el poder por una amenaza mayor, que puede desequilibrar el Estado de derecho. Al final, la historia nos ha mostrado que dichos procesos no llegan a buen término, y la identidad militar se ve golpeada por los abusos a los DD. HH.

Como se vio en el acápite anterior, la situación de Colombia es diferente, pues la Constitución de 1886 duró 105 años, los cuales fueron, por supuesto, interrumpidos por constantes asambleas constituyentes, que, pese a no reformar la Constitución, sí lograban hacer cambios sustanciales en ella. Los gobiernos colombianos lograron, por lo tanto, imponerse mediante constantes estados de sitio que permitieron que la violencia se recrudeciera aún más, y el tiempo de violencia se mantuvo suspendido por muchos años. A diferencia de las dictaduras que ocurren en un periodo acotado, que se puede recordar, que se puede analizar con mayor facilidad, en Colombia el tiempo y la historia misma se vieron atravesados por una constante de violencia que permeó todos los estamentos sociales, culturales e institucionales.

Lo anterior permitió que en Colombia se viviera una fuerte guerra, que desbordó los DD. HH. y el derecho humanitario de todos los actores del conflicto. El reconocimiento de la Ley 1148 de 2011, sobre víctimas, hace un reconocimiento específico a las víctimas militares del conflicto armado, y con ello, un reconocimiento jurisprudencial tanto de la Corte Constitucional, en derechos fundamentales, como del Consejo de Estado, en reparación. Las militares víctimas son cerca de 12.699, de las cuales 9197 (73 %) resultaron heridos, y 3388, asesinados, mientras que 5802 han sido víctimas de artefactos explosivos. Ahora bien, dentro de la construcción histórica del conflicto de víctimas hay 8000 que no han sido reconocidas como tales por la unidad de atención y reparación, y 207.241 víctimas del conflicto han sido militares (Informe Ejército Nacional, 2019).

Aquí encontramos un primer problema, y es el reconocimiento de los militares víctimas del conflicto. ¿A qué se debe esa falta de reconocimiento

por parte de Estado con los militares que han sufrido el conflicto? Y la primera respuesta es, precisamente, la función de héroes que se les ha dado. A ese concepto que, como se vio, arrastran desde la independencia, y que, por lo tanto, busca ser reivindicado en cada momento en que los soldados deben entregar su vida por la patria (ver Centro de Memoria). Ello, por supuesto, no les hace bien a los militares que han sido víctimas del conflicto armado, pues cuando van a reclamar sus derechos como víctimas del conflicto son dejados en un segundo plano, tan solo porque sus solicitudes no son tenidas en cuenta, con el argumento de que ese es el deber que se espera de la institución.

Aquí encontramos una primera expresión de la importancia de construir una memoria histórica militar, pues no es lo mismo el reconocimiento de que son héroes de la patria y un reconocimiento en el que se hagan visibles los riesgos que exige la función de ser un integrante de las FF. MM.

Además, si se piensa en la historia del conflicto muchos fueron los ataques que se perpetraron en contra de los militares, por tomas guerrilleras que dejaron un número importante de muertos, heridos y secuestrados de las FF. MM. La tabla 1 resume los ataques de tal especie entre 1996 y 1998.

Tabla 1. Principales ataques de las FARC entre 1996 y 1998

Acción	Fecha	Tipo de unidad/fuerza	Afectación
Puerres, Nariño	15 de abril de 1996	Base militar del Ejército. Grupo de Caballería No. 3 General José María Cabal. XXIII Brigada, III División	31 muertos
Las Delicias, Putumayo	30 de agosto de 1996	Base militar del Ejército. Batallón de Contraguerrilla No. 18 Cimarrones, Brigada Móvil No. 2, Ejército	28 muertos, 16 heridos y 60 secuestrados
La Carpa, Guaviare	7 de septiembre de 1996	Base militar del Ejército, Compañía Dardo, Batallón Infantería Batalla de Boyacá	22 muertos

Acción	Fecha	Tipo de unidad/fuerza	Afectación
Pataascoy, Nariño	21 de diciembre de 1997	Base militar del Ejército, Compañía Dardo, Batallón de Infantería Batalla de Boyacá	22 muertos, 16 heridos y 18 secuestrados
El Billar, Caquetá	3 de marzo de 1998	Batallón Contraguerrilla No. 52 Brigada Móvil No 3, Fuerzas de Despliegue Rápido (Fudra), Ejército	64 muertos y 43 secuestrados
Miraflores, Guaviare	3 de agosto de 1998	Base Antinarcóticos de la Policía. Compañía Águila, Batallón de Infantería Aerotransportado N.º 19 General Joaquín París, XXII Brigada, IV División, Ejército	9 muertos, 22 desaparecidos
Uribe, Meta	4 de agosto de 1998	Cuartel de la Policía. Base Militar. Batallón de Infantería No. 1 Batallón Pantano de Vargas, VII Brigada, IV División, Ejército	35 secuestrados
Mitú, Vaupés	1 de noviembre de 1998	Estación de Policía	16 muertos y 61 secuestrados

Fuente: Centro Nacional de Memoria Histórica (2015), *Tomas y ataques Guerrilleros (1965- 2013)*. Consultado en Pizarro (2019, p. 53).

Como puede verse, las tomas guerrilleras, por lo general, tenían un plan de ataque de gran escala y, como lo mencionan Juan Ugarriza y Nathalie Pabón (2017),

No se estudió ni se estudia al enemigo y no se conocen sus nuevas tácticas de operar, cuando evidentemente el enemigo, cualitativamente evolucionó de guerra de guerrillas a guerra de movimientos o de posiciones, en donde se emplea con gran propiedad los principios de masa y la sorpresa con el fin de aniquilar al adversario sin importar los costos de bajas guerrilleras en combate abierto. (p. 240)

Podemos ver cómo las lógicas de la guerra cambian, y en Colombia un conflicto tan prolongado, lastimosamente, dejó un sinnúmero de muertes

violentas en todos los espacios del territorio colombiano, en todos los actores de este.

El conflicto ha ocultado a muchas de las víctimas que hacen parte de las FF. MM. en el conflicto armado; esto, debido a que las FF. MM. son vistas como parte del Estado que contiene a una fuerza subversiva que se rebela contra el Estado, bien en búsqueda de un objetivo de cambio de régimen, o bien, en busca de enriquecimiento mediante actos ilegales. Este fenómeno ha llevado a que, incluso, instituciones como la Policía Nacional, que debería encargarse de mantener el orden civil, haya tenido que realizar operaciones militares para defender la soberanía del Estado.

Como lo señala Pizarro Leongómez,

[...] ¿cómo pueden las Fuerzas Armadas contribuir a neutralizar la mala imagen del país que, una vez más, está reviviendo? Más allá de lo obvio, enfrentar a los actores responsables de la violencia, contribuir a disminuir los cultivos de coca y el tráfico de cocaína, bajar los índices de criminalidad etc. a mi modo de ver, una herramienta clave para contribuir a alcanzar este objetivo es poner al servicio de la seguridad y la paz en el mundo las lecciones aprendidas tanto por parte de las fuerzas militares como de la Policía Nacional, Para ello, sería conveniente una participación más activa de Colombia con las Fuerzas de Paz de la ONU, los populares Cascos Azules, los cuales, bajo el mandato del Consejo De Seguridad, participan en Fuerzas multinacionales destinadas a contribuir a generar condiciones para firma del acuerdo de paz [...]. (2019, p. 465)

Necesitamos, por la tanto, que la imagen de las FF. MM. empiecen a tener una proyección internacional que dé cuenta de lo importantes que han sido para el conflicto, y que se empiece a reconocer así que también han podido ser víctimas del conflicto, pues

[...] las víctimas de grupos al margen de la ley quedarían totalmente en desventaja en relación con aquellas víctimas generadas por agentes del Estado y que impliquen reformas institucionales. Los grupos armados ilegales tienen también que comprometerse con el otorgamiento de garantías de no repetición respecto a sus víctimas, como una forma de repararlas integralmente. (Mejía y Suárez, 2017, p. 162)

Además, podemos pensar, junto con Saumeth, que en el futuro

Las Fuerzas Militares de 2030 [...] son una institución íntegra, con hombres y mujeres ídóneos, entrenados, capacitados y actualizados. Fortalecidos en el trabajo conjunto, coordinado, inter-agencial y combinado. Moderna en equipos y tecnología, con capacidad disuasiva, interoperable y exitosa en más de un escenario en forma simultánea; contribuyendo con sus capacidades al crecimiento de la nación y siendo referentes internacionales en el mantenimiento de la paz global. (Saumeth, citado en Pastrana y Lowe, 2017, p. 43)

Lo citado nos lleva a empezar a delinear un concepto de víctima que empiece a estructurarse, a diferenciar diferentes etapas del conflicto, pues en los últimos años el conflicto perdió muchas de las razones ideológicas que lo sustentaban al comienzo, y lo que hubo fue un conflicto que muchas veces irrespetó, incluso, los tratados de DIH, y produjo así daños irreparables en los militares, en sus familiares y hasta en el medio ambiente. Así, el uso de minas que destruían las piernas de los integrantes de las FF. MM. o el uso de explosivos o balas de calibre más alto que el permitido y el secuestro sin un mínimo de verificación de reglas del derecho internacional han hecho que en Colombia el conflicto tenga varias aristas que vale la pena empezar a limitar. En este caso en particular se empezará por establecer los límites del derecho internacional y la jurisprudencia nacional y lo que se espera de la Justicia Especial para la Paz (JEP) para el cumplimiento de una paz estable y duradera respecto de las víctimas de los integrantes de las FF. MM. en el conflicto armado. Hay que darle otra visión al conflicto, por ejemplo: “Pues sería un poco difícil cambiar el chip, ¿no? Siempre se supone que si uno pisa un artefacto explosivo, es un accidente me lo encontré ahí... pero todos los argumentos para decir que fue un ataque porque la persona que lo hizo (quien instaló el artefacto) lo hizo conscientemente de qué iba a generar, independientemente en qué persona ¿cierto?” (CNMH-Fundación Prolongar, Siervo Antonio Bacca, sobreviviente, testimonio, grupo focal, Cúcuta, Norte de Santander, 2015).

Este cambio en la perspectiva empezaría a mostrarnos que las FF. MM. fueron víctimas en un conflicto que en muchas ocasiones no respetó el DIH, y que, por ende, se necesita un concepto de víctima militar que atienda a las necesidades que se les presentan a quienes han sufrido el flagelo de la violencia en Colombia.

4. Conclusiones

Algunas de las conclusiones que podemos destacar de este texto es que, por ejemplo, hemos tenido una metodología pobre para hacer un análisis del conflicto con la perspectiva de las FF. MM., pues los esfuerzos por contar una historia bajo los supuestos de una verdad absoluta no pueden llevarnos a pensar que las FF. MM. tienen en sus manos todos los conocimientos sobre lo que ocurrió en el conflicto, ni tampoco se les puede apagar su voz, como uno de los actores más importantes de dicho conflicto.

A lo largo de esta ponencia se identificaron varios lugares de la historia en los que las FF. MM. han jugado un rol importante para la identidad que ha tenido Colombia; sin embargo, al igual que la historia de Colombia, la identidad de las FF. MM. se ha ido también diluyendo, pues han quedado entre la perspectiva de héroes de la patria, y con esta, el reconocimiento de que estuvo bien defender con su vida la patria, sin que se las reconozca como víctimas, y que incluso hoy, con la Ley 1448 de 2011, sea difícil su reconocimiento, y la perspectiva de los militares que cumplen, simplemente, funciones “técnicas” sin intervenir en política; y esto es una realidad a medias, pues si bien las FF. MM. tienen restricción sobre ciertos derechos políticos, también es cierto que como ciudadanos tienen una ideología política y derecho a ser escuchados dentro de la toma de decisiones que los afecten.

Lo anterior no significa, por supuesto, que las FF. MM. puedan tomar partido y adherirse a una colectividad política, por ejemplo, pero sí que sean escuchadas sus necesidades y haya un acercamiento mayor hacia la ciudadanía. Esto permitiría que las FF. MM. conozcan el porqué del actuar o la molestia ciudadanas, y que la ciudadanía reconozca en las FF. MM. una institución creada para la seguridad, pero también, para colaborar en otras acciones. Ya son un ejemplo al respecto las cátedras de paz que da el Ejército en diferentes puntos de lugares que fueron afectados la violencia, y cuyos habitantes buscan reestructurar el tejido social. Esa es una buena manera del acercamiento hacia el ciudadano.

Por otra parte, el reconocimiento como víctimas del conflicto llegará con mayor fuerza el día en que se empiece a hacer reconocimiento de la identidad de las FF. MM. como un actor que sufrió las consecuencias de una guerra que sobrepasó muchas veces los límites de los DD. HH. y el DIH.

Es necesario empezar a construir una memoria militar con una metodología clara que conduzca hacia un reconocimiento más cercano a la ciudadanía y que se construya en medio del posconflicto que estamos viviendo. Hay muchas víctimas militares que merecen dicho reconocimiento, y que deben hacer parte de más actividades ciudadanas que conozcan su historia.